

## Mesa para uno

(o cuento de hadas para consumir de seis años de edad o más)

Walter J. Mucher Serra

19 de noviembre de 2005

Cuando en el mundo se decidió separar algunas de las bestias de las otredades existentes, las fuerzas creadoras decidieron jugarle una treta a estas criaturas: les dieron razón. Con ella razonaron y llegaron a la conclusión de que, entre iguales, se crearon visiones de otredad, y con ello nos legaron la posibilidad de no ser felices en este mundo. No era suficiente que tuviésemos que respetar nuestras diferencias ante la ofuscante opresión del día, sino que también la razonamos, dándonos las pretensiones de ser más de lo que éramos. Con ello el mundo se escapó de nuestras manos, liberando con ella la razón, y debilitando así toda coyuntura con la verdad.

No nos debería sorprender que, con esta imposición de ideas, el mundo se convirtiera en uno insensible y falto de cordura. No nos debería sorprender que, para resolverlo, todos opten por la falta de inteligencia, creando iguales donde no lo hay, valorizando pe/culinarias ocurrencias dentro de una vedada histeria. No nos debe de sorprender que los últimos sean primeros, y menos aun que los inferiores se adueñen de los templos.

Tampoco nos debe sorprender que el suscribirse a planteamientos de mayoría creara una mayor mayoría. Después de todo, dentro de la igualdad, iguales son todos. Pero qué remedio tener que ser todos. En ese vacuo ocase, la solitaria risa se deleita en la necedad de todos. Después de todo, la igualdad no es más que una panacea social, creando ilusiones de identidad donde brilla por su ausencia la seria defensa del mundo.

Brinquemos, pues. Bueno, brinco yo, porque no intereso ser otro más.

Ser otro más pre-dispone a los demás a ser otros. Y siendo otros yo estoy de más. Pero no tengo tiempo de-más. El tiempo no se de-tiene, se contempla en la vacua sonrisa de la Nada.

Con-tener el tiempo nos da la ilusión de controlar la realidad, nuestra realidad. Pero ese control es en vano, vanidad, ya que pretende o(s)cultar la imprecisión de (nuestro) ser-ahora. El tiempo de-marca, de-limita, nuestro contexto, con-texto, permite organizar el re-conocimiento del ahora en pasados-futuros, desplazando/defiriendo, temporalmente, si no temporeramente, el encuentro entre el ser y el no-ser. Esta localidad, locus corpóreo temporal, es y no-es, indefinido, ocurrencia mitigada por nuestro precepto espacio-temporal, presente liminal en el ahora, siendo y no-siendo, uno y, a la vez, otro, continuo juego de alternos.

Entre dientes admitimos nada. Admitimos que conocemos el tiempo, o mejor dicho, que el tiempo nos conoce. Inauguramos en él el re-cuerdo del a-cuerdo entre el uno y el otro, del convenio, contrato, con-trato, con iguales, pero entre desiguales, trazando su ser en el vertiginoso nexo del espacio y del tiempo, lugar y duración. Cuerpo y movimiento. En esa vendimia el ser se re-crea, se divierte, se vierte sonoramente sobre el cuerpo, se insinúa, se oblicua en la preciada nada del convenio. El con-venio. Con-venir a un acuerdo, acudir a un lugar, acordado, un locus en el espacio, en el tiempo. Tierra. Líquido. Pan. Vino. Un convenio no muy conveniente, precipitado por la sordera visual ante el templado aroma del ser sobre la lengua.

Uno muerde una letra, una palabra. El lógos es ingerido, digerido. Se muerde, se ingesta, se indigesta con el veneno, la poción, el conjuro, con-juro, lexo, lego, (laxo) pre-sentimiento del futuro, re-sentimiento del pasado, el presente, locus balanceador entre el ser y el no-ser, acción, re-acción, re-trazo del logos sobre el topos, la dermis, epi-dermis, del mundo, del cuerpo encarnado, en-carn(e)-ado, en carne y sangre sobre la lengua, pan y vino, acto gustativo del presagio mortal, figurativo mordisco y sorbo del comensal de la muerte.

Vemos lo que no vemos. Observamos observaciones no observadas. Y preguntamos . . . NO, no preguntamos. Aceptamos sin aceptar, y consideramos sin considerar, ni ponderar, ni . . . . Ni. . . . Ni pienses que se piensa. Pensar es una improvisación, impertinente imposición sobre la lujuria de ser. Pero la lujuria es pecado, ¿no? . . . Pecar es penoso en un mundo de mediocres. Y qué mediocres en este mundo. Bueno, por eso es mundo. In media res, y cuidado con el ganado en el rodaje, ¿no crees? Qué mundo el que nos ha tocado. Corre por que no se cae. Pero si tuviese donde tropezarse . . . Pero sí se tropezó. Y qué tropezón.

Como presa sosegada que pretende una solución en el escapismo, el mundo plasma su esencia al ver al litigioso ocaso entretejido en calumnias operantes. Espasmo calumniado por ocurrencias de un enfermo creador. Presa, pero no prensada.

Este mundo es mundo, insuficiente, aglomerado, algo apremiado. Pero nuestro. Y en esa posesiva relación se entretiene la desventura de los bienaventurados pretendientes a la caricia de la juventud. Sorprendente encuentro con la realidad . . .

Una realidad desleal, muy coqueta, muy bandolera, muy . . . Una sigilosa mano acaricia la sudorosa frente del sexo coartado. ¿Qué pretende la caricia? Caricia - pre-sentimiento de la topo-grafía del ser, del terreno corporal, texto del ser. Pre-texto al con-tacto con/del ser. Lectura superficial de la portada y contraportada del texto, del otro, manifestado, en el espacio liminal de la semblanza, localidad alegórica del reflejo, del ser de-codificado.

La caricia manifiesta el sueño, la ilusión, del tacto, del uno, ante el otro, búsqueda de lo in-alcanzable en el ser. La exploración de la piel, del calor que trasmite mediante las yemas de los dedos revela el rastro de la esencia perdida, del ser que se pregunta, se cuestiona, que se presenta ante las máscaras de lo otro. La caricia propicia una lectura del preciado regalo de la ocasión, del momento, del uno y del otro des-conocido, enjaulado, morfeado, del ser. Es una aventura que de-vela la realidad del topos sexual, que obliga la exploración del trazo sobre territorio des-conocido.

El cuerpo delimita la ocurrencia experiencial, resiste la o(s)cultación del ser, entre deseo y rechazo, polos oposicionales que operan en el ambiguo ser activo, realizador, re-velador. La sexualidad o(s)culta la realidad de la vida, la no mencionada realidad que ocupa nuestros más íntimo ser: la muerte. El ser rechaza su realidad, propone la ilusión exculpatoria del otro ante su acto pecaminoso. Pero el acto “pecaminoso” es acto reflexivo, y constitutivo, del ser ante su no-ser, u otro, que re-vela su intención/condición: mortalidad. El acto es acto de confirmación, re-afirmación del ser ante su otro, el no-ser. Esa otredad que invade nuestra confianza en forma y causa, proponente re-formador, compuesto identicional del yo ante el otro.

El amor, el sexo, no es todo, no es nada, es y no-es: Eros—Eris. La trasgresión del espacio, del locus, no muy ameno, presagia la destrucción del ser. El templo ha sido invadido, corrompido, por las faltas arquitectónicas del ser. Las fachadas (topos) del templo, dermis del cuerpo, violentadas por el grafiti (grafos) mediante la re-enculturación del lógos sobre la misma

superficie del templo, del locus del cuerpo, desafían, en la re-estructuración de la misma, la propuesta originaria del origen geo-político del espacio locativo del ser, del cuerpo re-velado por el lógos (corpus moribundo). Re-vela en sí un total des-conocimiento del topos, de su geópolis geomancia, de una geocracia.

Una idea se confunde entre tantas idealizaciones, todas benditas, todas glorificadas presencias de salvaciones, si no correcciones. Justicias de la ley. Ley sobre la justicia. Todas delirantemente progresivas, como cangrejos, un paso adelante, dos hacia atrás. Y todos hacia el lado. Qué bueno ser justo. Qué bueno ser moderno. Qué bueno reírle las gracias a los oprimidos, reprimidos, deprimidos soldaditos de una verdad . . . digo “verdad”, por que no tengo más que decir . . . una justicia vengadora, rectificadora, alentadora, igualadora, pantalones y casacas rojas, amarillas, multitudinarias insinuaciones de la letra, de la imagen.

Tantas imágenes, tantas letras en mi sopa. ¿Quién tiene mi sopa? Una cuchara para mis letras. Mis letras. Mis letras sin sopa.

Mis letras se ensopan al caer entre las tenazas de los tenedores. Apremiados tenedores de los sin sopa. Por eso tienen frío. Por eso sienten pasión sincopada. Sin copa dan su pasión a sus tenedores. Tenedores tendidos entre las escuetas feligresías del tenedor. Un sólo tenedor, el cual es normalmente reemplazable por unas tenazas (las cuales tiendo a preferir) y un sólo cuchillo que en manos de un verdadero maestro es mas que suficiente para las labores en la cocina. Pero nunca hay suficientes cucharas. Y el sexo es cuchara.

No nos hagamos los tontos. El tenedor y el cuchillo son implementos de violencia. Son instrumentos punzantes y desgarradores. Están diseñados para romper y desgarrar, para cortar y herir. La cuchara es comunidad, soporte, abrazo, tierno acoplamiento de los deseos en el pavor de la locura. Del tenedor se caen las cosas, a menos que sean perforadas. El cuchillo solo corta o puya. La cuchara contiene, a menos que tenga agujeros, y aun así es posible que aun apoye la verdad, la justicia. De hombres. De mujeres. De dientes y lengua y amígdalas (aun en esencia) corroboradoras de la comunión, de la superstición, de la imposición del dedo, pedo, vedado perro, peso magullado por el triste pensar del hoy. CUCHILLO TENEDOR Pero pensar es pecado, o deseo, si no refugio amargo del parto.

De la cuchara venimos y a la cuchara volvemos.

Parca.

¿Qué importa una letra ante tanta miseria?

¿Qué importa una palabra ante tanta desesperación?

¿Qué importa una civilización, sus ideas, sus letras, sus imágenes, sus sueños, sus dolores ante la mísera e insólita pretensión de igualdad?

¿Qué importa una lenta insinuación ante tanta vericueticidad?

¿Qué importa . . . ?

No importa, mi caro Carón. No importa. Los gorditos también aman.

---

© 2005 **escarabajo escriba**